

CONFESIÓN DE UN HOMBRE AUSENTE*

I

Voy a confesar lo que sucedió la tarde del 7 de diciembre de 19...

En la detenida luz de la tarde el humo, transformado en rostros oscilantes, atormentaba mi afiebrada imaginación. Esperaba que de pronto algo aconteciera, que estallara algún sonido presagioso, que se rompieran las amarras que imaginariamente sostenían las cosas de este mundo. Sin embargo, la calle permanecía silenciosa, impávida, con aquella rigidez mortuoria que día tras día había ido enfermando mi espíritu hasta dejarlo exánime. Todo, absolutamente todo reposaba detenido sobre el mundo, y este hecho me desesperaba casi hasta el extremo de no saber si sobre mí planeaba amorosamente la locura o la gravedad amarilla del tormento que otras veces experimentaba cuando mordía sobre mis manos la lujuria. Algo esperaba; sí, algo indefinido aunque perfectamente cierto y casi sentido hasta en su origen. Todo debía comenzar por algún brusco aparecer, por un sonido o por la extraña irrupción de alguna luz desconocida. Yo presentía que debía ser ahora, pero la calle permanecía luminosamente quieta, absolutamente despoblada de ruidos. Solo el leve roce de mis ojos sobre la áspera superficie de los árboles constituía la agitación del aire, y esto llevaba tanta desolación hasta mi espíritu que, por momentos, no podía recordar mi fe.

(“¿Pero debo explicar cómo vino a mí la torturante obsesión de que debía suceder algo inesperado hoy, hoy, precisamente por la tarde? ¿Habéis visto los pájaros cuando describen su aburrido itinerario en el crepúsculo? ¿O acaso, mejor, el acompasado y lento respirar de los hombres que agonizan en absoluta calma? Bien. Ahora apretad la mano, y cuando sintáis la fuerza creciendo, desde adentro, y cuando no temáis ya a ningún otro hombre y veáis la vida flotando sobre el temblor de vuestro pulso, entonces, empezad a comprender cómo llegó hasta mí esta locura”).

La calle permanecía silenciosa. (“¿He de repetirlo aún? ¿Por qué, Dios mío?”.) Todo estaba lleno de silencio. Las cosas permanecían quietas, pero desde el fondo de ellas mismas, asomando su pequeño rostro por las minúsculas hendiduras de sus ángulos secretos, el silencio rebosaba una siniestra alegría que me enloquecía. Había soledad, y también tristeza. Adivinaba odio en ciertos detalles más o menos conocidos: en algunos colores melancólicos (en el rojo, sobre todo, desvaído imperceptiblemente sobre el

* Relato inédito. Mecanografiado.

pavimento, recordándome aquello), en algunas vertientes más o menos ocultas que bordeaban las aceras y en las que había visto detenido, hace ya mucho tiempo, un camino de insectos infecundos, y también había odio en algunas huellas diseminadas a lo largo de la calle, formando un camino rectilíneo que iba a perderse no sé dónde, pero que, sin embargo, yo veía extenderse hasta el horizonte, como si él, su sombra o su recuerdo, no lo abandonaran nunca. (¡Ay, Dios mío, por qué he de confesar todas estas cosas!)

Sobre mi vida, hasta hoy, han sucedido muchas cosas que no quisiera confesar y de las que apenas hablaré dejándolas en la lejanía, pero hay otras, sin embargo, que no puedo acallar porque este silencio de la calle debe ser roto con una voz definitiva. Son cosas torturantes, envueltas en palabras indescifrables que, en la medianoche y en horas como ésta, insinúan su rostro agonizante en las frases más superficiales; son recuerdos recogidos en pequeños recintos obturados a la luz, pero que, de repente, asaltan a la vida con gritos desgarrados –lo que me produce un temor indefinible–; son, a veces, pequeñas confidencias, sueltas al azar, que de pronto, como si de ellas emergieran rostros conocidos, desde el fondo, me acusan por haberlas confesado. ¡Son minúsculas ausencias, Dios mío, pero esta calle y el silencio me torturan, y no puedo ya callar! Bien. Yo sé que no es por aquella recordada muerte, por esta náusea que siento al pensar el infinito, por esta titubeante sombra de mi cuerpo que me asalta en mis temores al verla proyectada sobre la inmóvil luz, que no es por nada de esto ¡madre mía! por lo que tiembla y se desasosiega mi espíritu. ¿Acaso –y esto me he preguntado muchas veces, mientras caigo en ciertos desvanecimientos que me asaltan de continuo–, acaso aquella vida, eso que allí quedó y que ahora me recuerda el desvaído crepúsculo del rojo, eso que revive, que canta alucinado y triste sobre las huellas, aquello que queda más allá y este pulso tembloroso de mi sangre, eso, Dios mío, todo esto, vale acaso más que este presentimiento constante de perder la fe y resucitar creyendo? ¿Acaso no debe acontecer que yo, desnudo sobre el corazón de la tierra, temblando de desesperación y desamparo, descubra alguna vez que esta ansiedad de sentirme pecador me está acercando ti continuamente?

“Pero ahora desespero más hondamente. Algo debe suceder. Debe ser alguna luz, algún sonido, alguien, una voz, un humilde insecto, algo, Dios mío, lo que debe romper la marcha de este mundo”. (Pero la calle permanecía ausente de habitantes. La luz se detenía sobre las cosas conocidas y las ocultaba, a la vez que al poblar de alucinados rostros los secretos pliegues de los árboles descubría una vida expresamente silenciada por los hombres. Allí se retorcían las extremidades de la tierra. Subía acompasadamente un grito desgarrado que estremecía las hojas. No había aire alguno y, sin embargo, las hojas enloquecían las pupilas con sus estertores. Entonces me asaltó un confuso pensamiento. Me imaginé que la tierra, silenciada hasta ahora, subía hacia la luz. Yo la sentía en mi plexo latir

acompasadamente; era como un estremecimiento repentino que invadiera la luz de la calle. He debido gritar. ¡Era lo esperado! Ahora se derrumbaría el mundo. Las amarras de la vida flotarían locas sobre los hombres y todos creerían que algo misterioso, desde dentro, los acercaba a Dios.) “Y, sin embargo, Dios mío, en esa hora no podía recordar mi fe. Había solamente en mí presentimiento, angustia. Pero, de pronto, el recuerdo de la propia destrucción de mis instantes, el recuerdo de la sombra de mi cuerpo, desgastada y triste sobre la luz bermeja del crepúsculo, el recuerdo feroz de algo que debo silenciar aún, ay, todo el recuerdo, de golpe, destruía mi recuerdo, y me condenaba a flotar en el olvido. Era imposible recodar; era inútil recordar; era...”.

Y, sin embargo, repentinamente, sentí que por dentro de mí renacían las fuerzas perdidas en las noches de vigilia como una recompensa a mi desvelo y a la torturante locura de la fe y de la incredulidad. Sentí que mi desesperación se hacía femenina y se cubría el rostro. La escuché quejarse, pesarosamente, entre las cosas diarias, desvaída en miedo o en temor. Pero, de pronto, como si viniera de un fondo estremecido por lamentos, un oscuro pensamiento cruzó por delante de mis ojos. “Y ahora, Dios mío, ¿qué hago con el recuerdo de mi vida? ¿Dónde, en cuál lugar, en qué tiempo para mí desconocido, debo sumergir aquello; eso que allí quedó y que ahora me recuerda el desvaído crepúsculo del rojo, los insectos, y las huellas de su sombra sobre esta desolada calle?”. (Pero, precisamente, en este instante, caí en cuenta de que estaba delirando. La calle permanecía silenciosa. Sobre el detenido rayo de luz que atravesaba la hendidura de la puerta el humo de mi cigarrillo desdibujaba rostros oscilantes. Y, sin embargo, desde el fondo de mi espíritu algo clamaba por lo inesperado.)

Salí con el firme propósito de entrar a alguna iglesia. Hasta donde el recuerdo iluminaba mi atormentada infancia nunca jamás tuve deseos semejantes.

II

Mientras caminaba por las estrechas callejuelas del barrio iba recordando extraviadas confidencias, extraños secretos que lentamente emergían del olvido, sorprendidos por no sé qué misteriosa fuerza que ahora los agolpaba repentinamente sobre mis pupilas. Bajo de ellas, confundidas por las detenidas luces del crepúsculo, las alucinaciones regresaban a sumergirse más profundamente. Sentía la garganta ardida por una sed punzante; sudaba copiosamente aunque, como navajas heladas, repetidos estremecimientos cruzaban por mi cuerpo afiebrado. De pronto sentía irresistibles deseos de romper un sollozo contenido que paralizaba mis fuerzas, mientras que, repentinamente, era una inverosímil carcajada la que rompía sobre mis labios exentos de toda voluntad. Entonces me embargaba una mezcla

de vergüenza y de temor al imaginarme mis propios dientes blanquecinos brillando como espejos en la luz de aquella tarde, mientras que, a mis propios ojos los iba sintiendo vacíos, como si conservaran únicamente las órbitas huecas, grotescamente inútiles, como la de los esqueletos. Todo esto se confundía muchas veces con los extraños recuerdos de mi infancia que, de pronto, asaltaban en tumulto mi imaginación.

Seguía caminando automáticamente por las extraviadas callejuelas de aquel barrio. Ciertamente no sabía en qué lugar exacto se encontraba la iglesia próxima; sentía, sin embargo, el grave sonido de los bronces anunciando el ángelus cercano. Mis ojos, realmente, no tenían más que pupilas escondidas que punzaban dolorosamente el umbral de los olvidos. Repentinamente, como si hubiera sido atravesado por un brillo alucinante, sentí un escalofrío extraño que impedía moverme de la calle; fijos mis ojos, paralizado todo gesto en mi rostro, quedé mirando las sombras del crepúsculo. Estaba perdido en un laberinto de oscuros movimientos que entorpecían mi voluntad, y sin embargo, más que nunca, mi mente estaba perfectamente lúcida, aunque presentía que pronto me invadiría un invencible delirio. La calle, entonces, se pobló de minúsculos sonidos que me torturaban. Los colores, al borde de las cosas familiares, se desvaían repentinamente para luego aparecer en grandes manchas, como si desobedecieran los mandatos de los objetos a que pertenecían. Tuve, de pronto, la extraña idea de asociar su vida a la existencia de los hombres. Fue la primera obsesión que me asaltó en aquel delirio que avanzaba, velado entre los grises desatados de la callejuela. Como una bandada de pájaros llegaron hasta mí algunos recuerdos torturantes. Con exacta lucidez recordé los últimos momentos que viví cuando niño dentro de la iglesia de nuestro barrio. Recordé el profundo desprecio que me produjeron las amonestaciones de un sacerdote rechoncho que sorprendió mi último sacrilegio, y también las últimas palabras que dije en aquel día: "No volveré nunca, Padre. Me repugna esto. Mire Ud. aquella viejita. ¿La ve? No volveré más nunca. No creo en Ud. Perdone". Estas palabras cruzaron rápidamente por mi imaginación. Traté de rechazar en mi recuerdo la imagen de la viejecita, inclinada sobre el dolido cuerpo de un crucificado, recorriendo sus manos sensualmente por los pliegues de aquella carne macilenta y manchada de sudor y sangre. Sin embargo, mi imaginación se torturaba con el incesante pasar de este recuerdo al de la expresión sorprendida del rechoncho sacerdote, abismado y pálido ante mi resolución de negarme a recibir la absolución. De pronto, envueltas en un desvaído resplandor rojizo, se me hicieron presentes las delicadas manos de un obispo que, no sé en qué ocasión, había bendecido a una multitud entre la que me hallaba. El rosado resplandor que envolvía aquellas manos casi femeninas se concentró, de pronto, en la luz que despedía un anillo que las adornaba. Casi grité, pues aquel rojo tan intenso, que temblaba en las manos del obispo hasta hacerlas parecer heridas, me causaba un doloroso

temor sobresaltado. De repente, la imagen desolada de la calle que conducía hasta mi habitación se presentó a mis ojos. Nuevamente adiviné odio en ciertos detalles recordados. Luego, otra vez, caí en el torturante recuerdo de la iglesia. Era una obsesión que, a la vez de causarme una angustia temblorosa, iba descubriendo secretos de una olvidada vergüenza ante los pecados infantiles. Vinieron hasta mí, entonces, mezclados entre sí, aunque imperceptiblemente separados por algunos sentimientos que los acompañaban, dos nuevos recuerdos torturantes. Me vi, de pronto, entre un grupo de niños; detenido casi en el umbral de una pequeña iglesia parroquial, rodeado de pequeños rostros sorprendidos ante la vergüenza de uno de mis primeros sacrilegios. Recuerdo que en un altarcito dorado, colocado entre dos candelabros de plata grisosa, reposaba un pequeño grupo escultórico que recordaba a los fieles los tormentos del purgatorio. Bajo la mirada bondadosa de una virgen, los rostros de aquellos condenados resaltaban por el dolor acumulado en sus ojos agónicos. Había entre ellos una mujer desesperada cuyo cuerpo estaba consumido por las llamas; sus pequeños senos redondeados mostraban la huella del fuego que los devoraba, mientras sus ojos extraviados confesaban un horrible sufrimiento. Recuerdo que muchas veces, al imaginarme aquel tormento, me estremecía presa de un temor que reventaba en las vertientes de mis nacientes temblores religiosos. Un día, sin embargo, mientras nos llegaba el susurro de las voces del coro que acompañaban las plegarias, venciendo mis temores, mientras mis compañeros sorprendidos me miraban con esa angustia que deja en el rostro de los niños el temblor del sacrilegio, burlonamente acaricié aquellos senos dolorosamente torturados. Ahora recordaba intensamente aquellos rostros, cuyos ojos no sabían acusarme todavía, a la vez que, aquel temblor, y el recuerdo del temor y la vergüenza que había vencido en un instante, me sobrecogía extrañamente. No sé por qué quise reír entonces, mas fue inútil; mi deseo, repentinamente, se quebró en los silencios agónicos de mi delirio, y la risa, apenas comenzada, se transformó en un punzante ardor esparcido en el interior de mi boca. Junto a la punzante sensación de sed volvió hasta mí la obsesión de aquella última tarde de la iglesia, y más que nunca, un desesperado llanto silencioso quiso romper en el sollozo que largamente venía conteniendo en mi garganta. Vi de pronto, envuelto ahora en una luz violácea, el rostro sorprendido de mi confesor, pálido y grave, y recordé perfectamente entonces que, momentos después di vuelta a la cara y salí rápidamente del confesionario donde permanecía hasta entonces inclinado. Antes tuve tiempo de ver a hurtadillas el rostro de los hombres que esperaban su turno para confesarse. No sé qué extraño desprecio sentí entonces por ellos, a la vez que experimenté una profunda sorpresa cuando me fue imposible adivinar en sus rostros cierta dureza que, otras veces, había sospechado en sus facciones turbadas de pecado. Era cierta suciedad, cierto polvo impalpable, que yo creía ver aglomerado sobre sus pupilas endurecidas, y que más tarde,

cuando los pecadores recibían la absolución del confesor, desaparecía milagrosamente. Ahora recordaba vivamente este suceso aunque apenas revivido, un instante después, otras imágenes arrebataron mi afiebrada imaginación.

Mis ojos permanecían extrañamente fijos en la lejanía, como oyendo en las sombras detenidas del crepúsculo la voz del ángelus cercano. Sin embargo, súbitamente la imagen de sus órbitas vacías me llenó de espanto. Debí llevar entonces mis manos a la cara, mientras la tierra empezó a girar vertiginosamente. Sentí unas irresistibles ganas de gritar, a la vez que una carcajada, fina y breve, atormentó mi oído. (No sé, ciertamente, si fue que alguien, muy distante, se reía de mi aspecto fácilmente confundible con el de un beodo alucinado, o si fue alguna extraña reacción que involuntariamente impuso entonces mi destino.) Aquella risa me sobrecogió de espanto y atemorizado pude recorrer algunas callejuelas más, no obstante que, de pronto, volvió a invadirme aquella obsesión alucinante. Entonces he debido desplomarme sobre la acera, mientras que mis ojos, nublados por una leve niebla sonrosada, adivinaban millares de insectos que ávidamente subían por mis extremidades y devoraban los pliegues internos de mi boca. La sed se hizo entonces más punzante. Aquel ejército de insectos, cuyos ojos relampagueaban sobre los míos hasta causarme una verdadera locura, entraban y salían por mi boca entreabierta, no pudiendo mis labios contener su irresistible avance. Más tarde sentí que cientos de ellos devoraban mi paladar provocándome náuseas. Quise gritar pero mi voz chocó contra sus cuerpos viscosos y se devolvió hasta mis pulmones. De pronto, como si hubieran descubierto mis temores, otro ejército de ellos se avalanzó furiosamente contra mis ojos descarnados, abiertos a la sombra de la noche que empezaba a transformar la ardiente voz del ángelus. No sé qué extraña resignación me invadió entonces; fue como si de repente comprendiera que aquel horrible sufrimiento era el precio de mi propia redención y que, desde aquel momento, estaba condenado a soportarlo. Los pequeños senos femeninos, devorados por las llamas, obsesionaron mi imaginación, mientras invadíame, temblorosamente, un raro presentimiento religioso.

No puedo precisar cuánto tiempo transcurrió para mí entonces. Sólo recuerdo que, desesperado, lentamente fui dejándome arrastrar por los insectos. Al comienzo les opuse cierta resistencia y con mis movimientos aplasté decenas de ellos, que quedaban grotescamente triturados entre los pliegues de mis dedos, bajo mis manos, o mezclados en su viscosa sangre amarillenta con mis propios cabellos despeinados. Hubo un momento en que, haciendo un esfuerzo agotador, logré cerrar mis labios y apretar las murallas que formaban mis dientes, hasta que millares de ellos murieron aprisionados dando inverosímiles quejidos que yo podía escuchar desde el interior de mis entrañas. De pronto sentí un sabor amarillento quemando mi lengua; era la sangre de los triturados que encendía hasta el ardor

los tejidos de mi boca. Quise escupir pero aun sin hacerlo miles de ellos salieron dando gritos desgarrados, mientras sus cuerpos destrozados colgaban grotescamente de un hilo viscoso que los unía a sus cabezas caminantes, en cuyos ojos desorbitados se presentía fácilmente la cercanía de la muerte. No sé, sin embargo, qué rara piedad se apoderó de mí, aunque en el fondo deseaba exterminarlos totalmente. No obstante aquella extraña resignación que me invadía lentamente impedía que lo hiciera. Nuevamente sentí que algo, desde el fondo de mí mismo, empezaba a desandar el camino del olvido; era como si en alguna iglesia, al crepúsculo, empezaran a iluminarse de rojo y amarillo los rincones más lejanos, y que los silencios, que durante el día reposaban sobre los empolvados mantos sacramentales, ahora reviviesen en los iluminados cirios de la tarde. Luego he debido perder toda conciencia; me sentí arrastrado por millares de aquellos insectos en una dirección indeterminada. Sentía que levantaban mi cuerpo por cientos de puntos diferentes, y que muchas veces el esfuerzo común, desorganizado por la longitud de mis extremidades, resultaba infructuoso. Sentía que mi cuerpo era desgarrado por muchas partes a la vez, mientras me arrastraban lentamente. Presentía que algunos moribundos, aún en su agonía, aprovechaban las tinieblas para vengarse, arrancándome pequeños pedazos de piel a la cual ya no podrían devorar. Pero, no obstante, los demás seguían conduciendo con secreta paciencia mis extremidades, dando pequeños bamboleos, mientras que a mis oídos llegaban los agudos gritos de quienes dirigían el esfuerzo indicando la dirección a seguir por aquel extraño cortejo. A veces, mientras avanzaba mi cuerpo, ya sin fuerzas para oponerme a los designios de aquellos seres, quise gritar con la esperanza de que alguien me auxiliara. Sin embargo no sé qué destino se opuso entonces a que hiciera cualquiera invocación humana. Tenía la conciencia tan extasiada ante el maravilloso espectáculo de aquel mundo en que encontraría mi propia redención que llegó a parecerme un sacrilegio pedir ayuda humana. Desde un fondo ensombrecido emergieron los rostros de mis compañeros sorprendidos. Un extraño temor los embargaba, mientras que, sin haberlo experimentado nunca, mi rostro frente al de ellos traslucía una alegría enfermiza. Quise gritar, mas me fue imposible. Entonces, entregado ante mi propia suerte, casi sin temor, comprendí exactamente lo que fue para mi existencia el último momento que viví dentro de la iglesia cuando era realmente un niño. Inmediatamente ¡oh, Dios mío! olvidé mi precaria situación de aquel momento y creo que entonces he debido caminar nuevamente hacia la iglesia. Sin embargo las extrañas visiones de este último delirio me atormentaban persistentemente, mientras recorría las últimas callejuelas que me separaban de la pequeña iglesia de aquel barrio. Tenía la perfecta convicción de que algo extraordinario debía acontecer. Vagamente emergía de mí un pesaroso sentimiento de culpa que me enfrentaba a lo desconocido. El ángelus poblaba la tarde de graves voces y repetía al mundo mis temblores.

III

(Ahora descubro, Dios mío, que dentro de mi vida se ha agitado una sombra de pecado y muerte. Veo esta desolada calle, esta amargura contenida que el silencio parece destilar desde el fondo de las cosas, oigo el apagado murmullo de los colores sobre las flores marchitas, oigo mi voz, Dios mío, y comprendo que algo me aterra desde el fondo, en el recuerdo. A veces he sentido un miedo extraño ante ciertos paisajes amarillos, ante el gesto dormido del insecto que en silencio parece interrogarme, he sentido temblor ante la desolación marchita de los vientres, y aún, Dios mío, no había comprendido. ¡Pero hoy, hoy, precisamente en esta tarde, cuando las amarras de este mundo parecen destrozadas, y el silencio envuelve la plenitud de mis gestos íntimos, he comprendido algo que irremisiblemente me llevará a la muerte de la fe, y sin embargo a mi resurrección!) La iglesia reposaba envuelta en un silencio vaporoso. Había una gasa de silencios flotando en lo aires más lejanos y las cosas desvanecían sus perfiles en esta soledad agónica. Un rayo de luz caía blandamente sobre la penumbra rosácea que envolvía el púlpito, y descubría algunos detalles desvaídos en los sitios más lejanos. Bajo las bóvedas, semejando un firmamento abarrotado de nubes, se aplastaba el humo del incienso desgastado. La imagen dolorida del crucificado se agigantaba sobre la pared grisácea, grotescamente deformada por las llamas balbucientes de los cirios. Un coro de voces murmurantes emergía desde el fondo y se multiplicaba en los rostros de la sombra. De pronto me encontré arrodillado sobre un banco. Gruesas gotas de sudor corrían lentamente por mis sienes y un temor titubeante bañaba de plata derretida el interior de mis huesos. Las voces súbitamente me sobrecogieron y rompieron mis amarras íntimas. Quedé paralizado, presa de un vago temblor imperceptible. Un presentimiento raro aturdí mis gestos y desvanecía los objetos que me rodeaban. Sentí náuseas repentinas. Era un estremecimiento de mis entrañas, un temblor como el que de niño me embargaba frente a las cosas prohibidas. Las voces, sin embargo, repetían incansablemente algunas palabras que recorrían todo mi cuerpo y lo estremecían con un vago sacudimiento íntimo: “Cordero de Dios que borras los pecados... cordero de Dios que borras los pecados... cordero de Dios que borras los pecados...”, todo mi cuerpo se estremecía voluptuosamente, era una extraña sensación de doloroso encantamiento que sin embargo desde el fondo emergía gozosamente. De pronto un gusano de luz cruzó por mi aturdida conciencia. Fue una frase maltrecha, unas palabras sin sentido que pugnaron tenazmente por emerger desde aquel pozo atormentado donde bullían las otras escuchadas: “Y la luz...” (seguí luchando desesperadamente por recordarlas). “Y la luz... y la luz en las tinieblas... en las tinieblas (ahora recuerdo que he debido repetirlas muchas veces en voz alta)... y la luz... en las tinieblas... en las tinieblas, Dios mío... ¡resplandece!”. (Apenas hube recordado estas

palabras me invadió un desasosiego extraordinario. Ya casi no temblaba pero la angustiosa sensación de estar delirando me sobrecogió de espanto. Sin embargo, repentinamente, la certeza de que aquellas palabras no tenían ninguna importancia para mi vida ahogó cualquier otro pensamiento. Entonces la desesperada sensación de hallarme completamente solo en esta vida me encegueció hasta el extremo de hacer que un pequeño sollozo desnudara un grito contenido que pugnaba por salir de mi garganta. Desde la penumbra, algunos rostros sorprendidos otearon a su alrededor aquella brusca interrupción del rezo, aunque sin alterar sus voces los fieles siguieron repitiendo el monótono cántico de las letanías.)

A mi derecha se encontraba un pequeño altar copiosamente iluminado por cirios sonámbulos. Las llamas se elevaban, dando pequeños sollozos, hasta los rincones donde las sombras recogidas temblaban temerosamente. Se hallaban clavados de un pequeño redondel que los sostenía, de cuyos bordes pendían largas gotas detenidas formando columnas de cera blanquecina. Sobre la redondez de estas columnas, al resbalar las gotas, pesarosamente, se formaban pequeños rostros oscilantes, detenidos ríos que dibujaban una extraña geografía. De pronto se acercó un grupo de fieles y uno de ellos, elevando sus ojos hasta una imagen, encendió uno de aquellos cirios y pareció musitar una súplica. Al instante la imagen de la viejecita frente al crucificado asaltó mi imaginación pero apenas duró un instante porque en tumulto invadieron mi conciencia algunas palabras que pugnaban entre sí. No obstante, de pronto, me miré las manos y sumido en extraños contactos con mi propio cuerpo fui cayendo en un estado de abandono que presagiaba el renacer de aquel delirio.

“¡Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado!”. (¿Pero era él quien hablaba? ¿Era mi propia voz la que musitaba estas palabras?) De pronto –desde no sé donde– “Veo un temor custodiando mis huesos” y luego, este recuerdo: “Sobrevínome un espanto y un temblor que estremeció todos mis huesos... ¿si será el hombre más justo que Dios? ¿Si será el varón más limpio que el que lo hizo?...”. Y más tarde –ya cuando todo yacía sin sentido– en la hora gris: “polvo eres... polvo eres... el hombre nace para la aflicción... polvo eres... ¡Dios mío, por qué me has abandonado!”. (Todo esto era y es inexpresable. No alcanzo a comprender la extraña locura que entonces invadió mis sienes. Mis arterias permanecían tensas y sentía la sangre temblar en todo el cuerpo como si de pronto fuera a reventar por alguna misteriosa herida. Sentía la piel lacerada por millares de alfileres, a la vez que el extraño suplicio de una lujuria indeseada empezó entonces a invadirme. Fueron raros detalles de placer los que me sobrecogieron: alguno olores penetrantes, algunos recuerdos de colores dormidos adivinados en los ojos suplicantes, algunos roces que otras veces temblaron en mis manos. Pero sobre todo un deseo punzante, extraño, misterioso. Adiviné,

entonces, algo presagioso que me enfrentó de pronto a aquello. Antes cruzaron por mi imaginación el recuerdo de la desolada calle y otros muchos familiares al extraño delirio que me sobrecogía. Fue como una imagen neblinosa de donde emergía el pequeño seno de la condenada, fue el pequeño seno que mi primera novia me enseñara tímidamente, mientras yo agonizaba en mi deseo, fue el henchido seno de mi madre dando de mamar al hijo extraño recogido en la miseria, mientras yo correteaba por los altos corredores de mi casa natal ¡ay fue el dormido seno que mostraba mi mujer, ya muerta, cuando arreglaba sus ropajes de difunta en la fría oquedad del ataúd mortuario! Sí, fue algo presagioso, lleno de hermosura y de miseria, pleno de esa sombra que hoy he descubierto en el pecado y en la muerte. Entonces, con una grotesca iluminación, cruzó por mi mente de hombre ausente este duro y extraño pensamiento: “He allí a Dios. Héme aquí. Soy pecador. Mas sólo en mi pecado se me revela Dios. Nada más que en el sentir, profundamente, que soy hombre, y que por algo inexplicable debo vivir condenado dentro de mi propia encarnación”. (Cierto que hay un mundo, pero apenas el minúsculo sitio de mi sombra –en este instante– es lo mío. Y, no obstante, mi sangre y su temblor defienden esta débil mancha de tierra adonde, acaso, he de quedarme muerto ahora.) Sí, soy pecador, y mi pecado me encadena a la tierra, a esa que, de pronto, se revela desnuda en la poderosa luz que emerge de los árboles, a la que gime dentro de los temblores del pequeño habitante de los nidos, a esa que de pronto salta afuera de los ojos y nos revela su salvaje cuerpo despoblado de señales. ¡He aquí, Dios mío, mi pecado, encadenado a la tierra innombrable! ¡Y, ay de mí, si no fuera pecador, alguien diferente a ti, Dios mío, porque entonces me sintiera abandonado!”. (Mas, de pronto, en medio de estos raros presentimientos, algo dentro de mí se desprendió. Fue un suceso repentino que embruteció mis fuerzas y mis pensamientos. Una espantosa duda me asaltó entonces.) “Y, sin embargo, Dios mío, en este turbio hontanar de mi pecado ¿adónde estás? Mientras te busco me alejo, y si me alejo te pierdo. ¡Pero no... estas aquí, dentro de la vida, silenciosamente, reposando en la resignación con la que he de vivir esta dura desesperación, este martirio de la soledad que me has impuesto!”. (La sombra temblaba en los ángulos lejanos. La luz, cayendo blandamente sobre la penumbra, transformaba los colores en callados paisajes espectrales. En el silencio escuchaba el temblor de mi ansiedad disolverse entre sollozos.) “Mi soledad, Dios mío, mi soledad. La miseria de las cosas, este temblor, la callada destrucción de los instantes, mis ojos... ¿Te encontraré?”. Entonces, emergiendo del fondo de las cosas, el silencio pobló de pájaros la iglesia. Fue un repentino estallar del mundo, una colérica orden que emanaba de mí mismo, y creo que gritando salí de aquella iglesia y me perdí en el femenino regazo de la noche que repetía las palabras de mi madre cuando sosegaba mis inconfesables temores infantiles.